

Blancanieves.

Era un crudo día de invierno y los copos de nieve caían del cielo como blancas plumas. La Reina cosía junto a una ventana, cuyo marco era de ébano. Y como mientras cosía miraba caer los copos, con la aguja se pinchó un dedo y tres gotas de sangre fueron a caer sobre la nieve. El rojo de la sangre destacaba bellamente sobre el fondo blanco y ella pensó: “¡Ah, si pudiese tener una hija que fuese blanca como la nieve, roja como la sangre y negra como el ébano de esta ventana!”.

No mucho tiempo después le nació una niña que era blanca como la nieve, sonrosada como la sangre y de cabellos negros como la madera de ébano; y por eso, le pusieron de nombre Blancanieves. Después de nacer la niña, murió la Reina.

Un año más tarde, el Rey volvió a casarse. La nueva Reina era muy bella, pero orgullosa y altanera, y no podía soportar que nadie la aventajase en hermosura. Tenía un espejo prodigioso, y cada vez que se miraba en él, le preguntaba:

“Espejito de la pared, dime una cosa ¿quién es de este país la más hermosa?”

Y el espejo le contestaba invariablemente:

“Señora Reina, vos sois la más hermosa en todo el país”.

La reina quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía siempre la verdad.

Blancanieves fue creciendo, y se hacía más bella cada día. Cuando cumplió los siete años, era tan hermosa como la luz del día, y mucho más que la misma reina. Al preguntar ésta un día al espejo:

“Espejito de la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?”.

Respondió el espejo:

“Señora Reina, vos sois como una estrella, pero Blancanieves es mil veces más bella”.

La Reina se asustó, y se puso amarilla y verde de envidia; y desde entonces, cada vez que veía a Blancanieves sentía revolvérsele el corazón: tal era el odio que abrigaba contra ella. Y la envidia y la soberbia, como las malas hierbas crecían cada vez más altas en su alma, no dejándole un instante de reposo, ni de día ni de noche.

Finalmente llamó un día a un cazador y le dijo:

-Llévate la niña al bosque; no quiero tenerla más tiempo ante mis ojos. La

matarás, y en prueba de haber cumplido mi orden, me traerás sus pulmones y su hígado.

Obedeció el cazador y se marchó al bosque con la muchacha. Pero cuando se disponía a clavar un cuchillo de monte en el inocente corazón de la niña, ésta se echó a llorar:

-¡Piedad buen cazador, déjame vivir! -suplicaba-. Me quedaré en el bosque y jamás volveré a palacio.

Y era tan hermosa, que el cazador, apiadándose de ella, le dijo:

-¡Márchate, pues, pobrecilla!- y pensó: “No tardarán las fieras en devorarte”.

Y sin embargo, le pareció como si se le quitase una piedra del corazón al no tener que matarla. Y como acertara a pasar por allí un jabatillo, lo degolló, le sacó los pulmones y el hígado, y se los llevó a la Reina como prueba de haber cumplido su mandato. La perversa mujer los entregó al cocinero para que se los guisara y se los comió convencida que se comía la carne de Blancanieves.

La pobre niña se encontró sola y abandonada en el inmenso bosque. Se moría de miedo, y el menor movimiento de las hojas de los árboles le daba un sobresalto. No sabiendo qué hacer echó a correr por entre espinos y piedras puntiagudas, y los animales de la selva pasaban saltando por su lado sin causarle el menor daño. Corrió tanto como se lo permitieron sus pies, hasta que pronto se hizo de noche; en ese momento vio una casita y entró en ella para descansar.

En la casita todo era pequeño, pero tan gracioso, y estaba tan limpio que no se puede ni decir. Allí había una mesita con su mantel blanco y siete platitos, cada platito con su cucharita, además de siete cuchillitos, siete tenerdocitos y siete vasitos. En la pared había siete camitas colocadas una detrás de otra y cubiertas con siete sábanas de inmaculada blancura. Blancanieves, como estaba muerta de hambre y sed, comió de cada platito un poco de legumbre y pan, y bebió de cada vaso una gota de vino, pues no quería comerse todo lo de uno. Luego, como estaba cansada, se echó en una camita, pero ninguna le servía: una era muy grande, la otra muy pequeña, hasta que finalmente la séptima fue la justa, y allí se tumbó, se encomendó a Dios y se durmió.

Cuando se hizo totalmente de noche llegaron los amos de la casita; eran los siete enanos que picaban en las montañas buscando minerales. Encendieron sus siete lamparitas y, al iluminarse la casa, vieron que alguien había estado allí dentro, pues no estaba todo en el orden en que ellos lo habían dejado. El primero dijo:

-¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo:

-¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

-¿Quién ha cogido de mi pan?

El cuarto:

-¿Quién ha comido de mis legumbres?

El quinto:

-¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

-¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

El séptimo:

-¿Quién ha bebido de mi vasito?

Entonces se volvió el primero y vio que en su cama había un pequeño hoyo, y exclamó:

-¿Quién se ha subido a mi camita?

Los demás se acercaron corriendo y gritaron:

-¡En la mía ha estado también alguien!

El séptimo, sin embargo, al mirar su cama, descubrió a Blancanieves, que estaba echada en ella y dormía. Entonces llamó a los otros, que cogieron sus siete lámparitas y alumbraron a Blancanieves.

-¡Huy, Dios mío, huy, huy, Dios mío! -exclamaron-. ¡Qué hermosura de niña! Y tuvieron tal alegría que no despertaron a la niña, sino que la dejaron seguir durmiendo. El séptimo enano durmió con sus camaradas, con cada uno una hora, y así se pasó la noche.

Cuando a la mañana siguiente despertó Blancanieves y vio a los siete enanos, se asustó. Ellos fueron, sin embargo, amables y le preguntaron:

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Blancanieves -contestó.

-¿Cómo has llegado a nuestra casa? -siguieron preguntando los enanos.

Ella les contó que su madrastra la había querido matar, que el cazador le había perdonado la vida, y que había estado andando todo el día hasta que encontró la casa.

Los enanos dijeron:

-Si te quieres ocupar de nuestra casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y tejer, y tenerlo todo orden y limpio, te puedes quedar con nosotros y no te faltará de nada.

-Sí -dijo Blancanieves-, con mucho gusto- y se quedó con ellos.

Ella mantenía la casa en orden. Por la mañana, ellos se iban a las montañas y buscaban oro y cobre; por la tarde, cuando regresaban, tenía que estar preparada la comida. Por el día estaba la muchacha sola, y los buenos enanos la habían puesto en guardia diciéndole:

-Ten cuidado con tu madrastra; pronto sabrá que estás aquí. No dejes entrar a nadie.

La Reina, después de haberse comido los pulmones y el hígado de Blancanieves, sólo pensaba en que ella era, de nuevo, la primera y la más hermosa. Se puso delante de su espejo y dijo:

-“ Espejito de la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?”.

Y respondió el espejo:

-“Señora Reina vos sois aquí como una estrella; pero mora en la montaña con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella”.

Se asustó ante esto, pues sabía que el espejo no decía mentiras, y se dio cuenta de que el cazador la había engañado y que Blancanieves estaba viva todavía. Entonces se puso a reflexionar largamente en cómo podía matarla, pues mientras ella no fuera la más hermosa del país la envidia no la dejaría vivir. Y cuando finalmente hubo decidido algo, se pintó la cara, se vistió como una vieja buhonera y quedó irreconocible. Así se fue por los siete montes a casa de los siete enanos, y llamó a la puerta gritando:

-¡Buena mercancía a la venta!

Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

-Buena mujer, ¿qué traéis para vender?

-Buena y hermosa mercancía: cordones de todos los colores -y sacó uno que estaga tejido con una seda polícroma.

“A esta honrada mujer la puedo dejar entrar”, pensó Blancanieves; descorrió el cerrojo y se compró los bonitos cordones.

-Niña -dijo la vieja-, qué bien te sientan; te voy a ceñir el corpiño con ellos.

Blancanieves, sin sospechar nada, se colocó ante ella y se dejó ceñir el corpiño con los cordones nuevos, pero la vieja se los ató tan rápidamente y tan fuerte, que Blancanieves perdió la respiración y cayó muerta.

-Ahora ya has dejado de ser la más hermosa -dijo la vieja, y se marchó apresuradamente.

Poco después, a la caída de la tarde, regresaron los siete enanos a casa y se asustaron cuando vieron a su querida Blancanieves tumbada en el suelo, inmóvil como si estuviera muerta. La levantaron y, como vieron que estaba atada con tal fuerza, le cortaron en dos los cordones. Entonces comenzó a respirar poco a poco y fue volviendo a la vida. Cuando los enanos oyeron lo que había pasado, le dijeron:

-Esa vieja no era otra que la impía Reina. Ten cuidado, y no dejes entrar a nadie si no estamos contigo.

La malvada mujer, sin embargo, cuando llegó a casa, se puso ante el espejo y preguntó:

“ Eesepejito de la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?”

Y respondió el espejo, como la vez anterior:

“Señora Reina vos sois aquí como una estrella; pero mora en la montaña con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella”.

Cuando oyó esto, se le subió toda la sangre a la cabeza, y se asustó, pues vio que Blancanieves había recobrado la vida de nuevo.

-Bien -dijo-, ahora voy a pensar algo que acabe contigo.

Y con las artes de bruja que ella conocía hizo un peine envenenado. Luego se disfrazó y tomó la apariencia de otra anciana. Caminó por los siete montes a casa de los siete enanos y llamó a la puerta gritando:

-¡Buena mercancía a la venta!

Blancanieves se asomó y le dijo:

-Sigue tu camino, no puedo dejar entrar a nadie.

-Pero mirar te estará permitido -dijo la vieja.

Sacó el peine envenenado y lo mantuvo en alto. A la niña le gustó tanto, que se dejó seducir y abrió la puerta. Cuando se habían puesto de acuerdo en la compra, dijo la vieja:

-Bueno, ahora te voy a peinar como es debido.

La pobre Blancanieves no pensó en nada malo y dejó hacer a la vieja, pero apenas le había metido el peine en el pelo, cuando el veneno hizo su efecto, y la muchacha cayó sin sentido al suelo.

-Tú, dechado de belleza -dijo la malvada mujer-, ahora ya te has muerto -y se marchó.

Por suerte, pronto se hizo de noche y los siete enanitos regresaron a casa.

Cuando vieron a Blancanieves tumbada en el suelo como muerta sospecharon rápidamente de la madrastra, y buscaron hasta encontrar el peine envenenado, y apenas lo sacaron, volvió Blancanieves en sí y contó lo que había pasado. De nuevo le dijeron que estuviera alerta, que tuviera cuidado y que no abriera la puerta a nadie.

La Reina se colocó en casa ante el espejo y dijo:

“ Espejito de la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?”

Y, como las veces anteriores, respondió el espejo:

“ Señora Reina, vos sois aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella”.

Cuando oyó hablar así al espejo se puso a temblar de ira:

-¡Blancanieves tiene que morir -gritó-, aunque me cueste la vida!

Después de esto, se fue a una cámara escondida y solitaria, donde no podía entrar nadie, y preparó una manzana envenenada. Externamente tenía un aspecto muy hermoso, con una parte blanca y otra roja, de tal manera que todo el que la viera le apeteciera, pero tan pronto como comiera un trocito moriría. Cuando estuvo lista la manzana se pintó la cara, se disfrazó de campesina y se fue por los siete montes a casa de los siete enanos.

Llamó, y Blancanieves, que asomó la cabeza por la ventana, dijo:

-No puedo dejar entrar a nadie, los enanos me lo han prohibido.

-Me parece bien -dijo la campesina-, pero yo quiero librarme de mis manzanas. Toma, te voy a regalar una.

-No -dijo Blancanieves-, no puedo aceptar nada.

-¿Temes que esté envenenada? -dijo la vieja-. Mira -la cortó en dos pedazos-, tú te comes la parte roja y yo me como la blanca.

La manzana estaba tan bien preparada que solamente la parte roja era la envenenada. A Blancanieves le apeteció y, cuando vio que la campesina comía de ella, no pudo resistir durante mucho tiempo la tentación, sacó la mano y cogió la mitad envenenada. Apenas había dado un bocado, cayó muerta al suelo. La Reina la contempló con una mirada espeluznante y, riéndose en voz alta, dijo:

- ¡Blanca como la nieve, roja como la sangre y negra como el ébano, esta vez no te podrán despertar los enanos!

Y cuando estuvo en casa le preguntó al espejo:

“Espejito de la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?”, y le respondió el espejo al fin:

“ Señora Reina, vos sois la más hermosa de todo el país”.

Sólo entonces se aquietó su envidioso corazón, suponiendo que un corazón envidioso pueda aquietarse.

Los enanitos, al llegar a casa, se encontraron a Blancanieves tirada en el suelo, y de su boca no salía el menor aliento: estaba muerta. La levantaron y miraron a ver si encontraban algo venenoso, le desabrocharon el corpiño, la peinaron y la lavaron con agua y vino, pero no sirvió de nada. La querida niña estaba muerta y permaneció muerta. Entonces la pusieron en unas angarillas y se colocaron a su lado los siete, y lloraron y lloraron durante tres días. Luego, pensaron en darle sepultura; pero viendo que el cuerpo se conservaba lozano, como el de una persona viva, y que sus hermosas mejillas seguían sonrosadas, dijeron:

- No podemos enterrarla en el seno de la tierra negra.

Y construyeron una caja de cristal transparente que permitiese verla desde todos lados. La colocaron en ella y con letras de oro grabaron su nombre y que era una Princesa. Después transportaron el ataúd a la cumbre de la montaña, y uno de ellos, por turno, estaba siempre allí velándola. Y hasta los animales acudieron a llorar a Blancanieves; primero, una lechuza; luego, un cuervo y, finalmente, una paloma.

Y así estuvo Blancanieves mucho tiempo, reposando en su ataúd, sin descomponerse, como dormida, pues seguía siendo tan blanca como la nieve, roja como la sangre y con los cabellos tan negros como el ébano.

Sucedió que un Príncipe vino a parar al bosque y llegó hasta la casa de los enanos para pasar la noche allí. Vio el ataúd en la montaña y a la hermosa Blancanieves en él, y leyó lo que estaba escrito en letras de oro. Entonces, dijo a los enanos:

-Dejadme el ataúd y os daré lo que pidáis por él.

Pero los enanos dijeron:

-No lo damos por todo el oro del mundo.

A esto, dijo él:

-Regaládmelo entonces; no puedo vivir ya más sin ver a Blancanieves; la honraré y reverenciaré como lo más querido.

Al oír estas palabras, los enanos sintieron compasión del príncipe y le dieron el ataúd. El príncipe hizo que lo llevaran sus sirvientes a cuevas. Entonces acaeció que tropezaron con un arbusto y, con la sacudida, se salió de la garganta el trozo de manzana envenenada que había mordido Blancanieves. Y, al poco rato, la princesa abrió los ojos y recobró la vida.

Levantó la tapa del ataúd, se incorporó y dijo:

-¡Ay, Dios mío!, ¿dónde estoy?

El príncipe, lleno de gozo, dijo:

-Te quiero por encima de todas las cosas. Ven conmigo al palacio de mi padre y serás mi esposa.

A Blancanieves le pareció bien y se fue con él, y su boda fue celebrada grandiosamente. A la fiesta fue invitada la horrible madrastra de Blancanieves. Cuando ya se había puesto sus hermosas vestiduras, se acercó al espejo y dijo:

“Espejito de la pared, dime una cosa: ¿Quién es de este país la más hermosa?”.

Y respondió el espejo:

“Señora Reina, vos sois como una estrella, pero la joven Reina es mil veces más bella”.

La malvada mujer soltó una maldición y tuvo tanto tanto miedo que no pudo dominarse. Su primer propósito fue no ir a la boda, pero la inquietud la roía, y

no pudo resistir el deseo de ver a aquella joven Reina. Al entrar al salón, reconoció a Blancanieves, y de miedo y horror se quedó clavada en el suelo sin poder moverse. Pero ya habían sido colocadas al fuego unas sandalias de hierro y se las trajeron con tenazas y las pusieron ante ella. Tuvo que ponerse los zapatos ardiendo como brasas y bailar hasta que cayó muerta al suelo.